

Lograda la conclusión de que el genio artístico crece desde dentro—un dentro sobrecargado de elementos subconscientes como proponía *Madariaga*, en que repercute todo el tiempo y el espacio de fuera—pero que en lo que tiene de genial supone una anomalía, vale la pena estudiar si la progresión—en cierto sentido—de esa anomalía, que es la locura, encierra mayores—u otras—posibilidades artísticas.

Hasta que surgió el expresionismo, los pintores fueron gentes serenas que copiaban la realidad objetiva apaciblemente. Ellos hacían cuerpo el precepto de *Sócrates* y *Aristóteles* que quería reducirlos a copistas. Allí, en la pintura, el tiempo estaba muerto, clavado en las paredes y en las telas como la mariposa de un naturalista, y en el ánimo de los pintores tal vez la vida tenía siempre el sentido amable y venturoso de la pintura flamenca. Los poetas, en cambio, fueron siempre de otro modo: a fuerza de jugar con sus amores y sus penas, sus esperanzas y malaventuras, acabaron, a menudo atropellando el tiempo de su vida: más de una vez, saltando sobre el tiempo, enloquecieron, y otras veces corrieron locamente en busca de la muerte y produjeron suicidios retumbantes como el de nuestro *Larra*, o el doble suicidio—él y ella—de *Karl von Kleist*, o—ya en pleno expresionismo—el suicidio de escuela de los dadaístas—*Vaché*, *Rigaut*, *Crevel*—a que tenía que venir a parar la búsqueda desesperada del hombre en medio de la negación de sus viejos valores espirituales.

La gente sabía que en el cogollo de nuestra per-

